

que cualquier otra asociación de beneficencia particular en este país. Tienen lugar frecuentes naufragios a lo largo de la costa, y a los náufragos se les da todo el auxilio posible. Hay alojamiento para treinta marineros. Mantiénesse constantemente una patrulla que corre las ocho millas de costa todas las noches de tormenta, y si parece que un buque está en peligro, se lanza al agua el bote salvavidas. Durante las cerrazones se tocan las campanas para advertir a los buques que se separen de la costa. Cuando se observa que un buque está en peligro, se dispara un cañonazo, y dos si el buque ha varado o naufragado en las rocas. Al mismo tiempo se iza una bandera grande, para que los náufragos vean que de tierra se ha visto su situación. También hay señales para los pescadores de Holy Islands, los cuales pueden apartarse de las islas en tiempo en que ningún bote de tierra firme puede pasar por las rompientes. Toda clase de ayuda se les da, así a los de tierra como a los de mar, por este castillo samaritano que se halla sobre los promontorios.

«Así, cual poderoso ángel guardián — dice Guillermo Howitt—, está de pie este noble castillo, como espíritu vigilante sobre esos mares tempestuosos y llenos de peligros, y vive esta divina caridad, como excelso ejemplo de lo que puede continuarse haciendo un hombre bueno sobre la tierra, aun siglos después de haberla dejado. Cuando alguien vea a distancia las altas torres de este edificio verdaderamente sagrado, majestuoso en su aspecto como divino en su misión, repartiendo beneficios diarios en la tierra y en el mar, que bendiga la memoria de lord Crewe, como han tenido ocasión de hacerlo miles y decenas de miles, en la profundidad de la pobreza, y en los horrores de la obscuridad de la media noche, y como lo harán, cuando nosotros, como él, descansemos en el polvo.»

CAPITULO X

LA SIMPATÍA

It is the secret sympathy,
The silver link, the silken tie,
Wich heart to heart, and mind to mind,
In body and in soul can bind.

SIR W. SCOTT (1).

I ask Thee for a thoughtful love,
Through constant watching wise,
A heart at leisure from itself,
To soothe and sympathise.—MISS WARING (2).

Man is dear to man: the poorest poor
Long for some moments in a weary life,
When they can know and feel that they have been
Themselves the fathers and the dealers-out
Of some small blessings: have been kind to such
As needed kindness, for the single cause,
That we have all of us one human heart.

WORDSWORTH (3).

La simpatía constituye uno de los grandes secretos de la vida. Vence al más empedernido corazón, desarrolla la parte más noble del alma, y fortalece el bien. Desarma la resistencia, ablanda la naturaleza humana. Es una de las verdades sobre las que está fundamentado el cristianismo. «Amaos los unos a los otros», es un evangelio suficiente para renovar al mundo.

Cuéntase de San Juan que cuando estaba muy viejo—tan anciano que no podía caminar y que apenas podía hablar—, fué llevado en brazos de sus amigos a una reunión de niños cristianos. Púsose de pie y dijo: «Niños, amaos los unos a los otros.» Cuando se le preguntó: «¿No tenéis nada más que decirnos?» respondió: «Digo esto una y otra vez, porque, si lo hacéis, no hay necesidad de otra cosa.»

La misma verdad tiene aplicación universal. La simpatía se halla fundada sobre el amor. Es otra palabra de desinterés y

(1) La simpatía secreta, el argentino eslabón, el sedoso nudo es lo que puede unir el cuerpo y alma un corazón a otro corazón, una inteligencia a otra inteligencia.—WALTER SCOTT.

(2) Te pido que me des un amor atento, sabio por su observación constante, un corazón que no se ocupe en sí mismo, para calmar y simpatizar.—MISS WARING.

(3) El hombre ama al hombre: los más pobres de los pobres anhelan tener algunos momentos en una vida abrumadora, en que puedan comprender y sentir que ellos mismos han sido los padres y distribuidores de alguna pequeña bendición: que han sido bondadosos hacia aquellos que estaban necesitados de bondad, por la sencilla razón de que todos nosotros tenemos un corazón humano.—WORDSWORTH.

afecto. Nos apropiamos el estado del espíritu de otro; salimos de nosotros mismos y vivimos en otra individualidad. Simpatizamos con ella; la consolamos. No puede existir amor sin simpatía; no puede existir amistad sin simpatía. Lo mismo que la misericordia, son dos veces bendita la simpatía y la benevolencia, bendiciendo de igual modo al que da que al que recibe. Mientras producen un fruto abundante de felicidad, en el corazón del que da, crecen en bondad y benevolencia en el corazón del que recibe.

«Con frecuencia hacemos más bien—dice el canónigo Farrar—con nuestra simpatía que con nuestros trabajos, y prestamos al mundo un servicio más duradero por la ausencia de los celos y el reconocimiento del mérito, de lo que jamás podríamos prestar por los esfuerzos mayores de la ambición personal... Un hombre puede perder posición, influencia, riqueza y hasta la salud, y no obstante, continuar viviendo convenientemente, si lo hace con resignación; pero hay una cosa sin la cual la vida se convierte en una carga: la simpatía humana.»

Es cierto que no siempre son recibidas con gratitud las acciones bondadosas, pero esto no debe nunca desviar al que auxilia. Esta es una de las dificultades que tenemos que vencer en nuestra lucha con la vida. Hasta el más degradado es acreedor a la ayuda mutua que todos los hombres se deben entre sí. Debe recordarse, como lo ha observado Bentham con tanta verdad como profundidad, que la felicidad del hombre cruel es una parte integrante de toda la felicidad humana, tanto como la del mejor y más noble de los hombres. Por otra parte, el hombre no puede hacer bien o mal a sus semejantes sin causarse mal o bien a sí mismo.

Quizá no existe una influencia más poderosa que la simpatía para despertar los afectos del corazón humano. Hay pocos, hasta en las naturalezas más rudas, en quienes no influya. Contiene mucho más de lo que pudiera hacerlo la fuerza. Una palabra o una mirada cariñosa, causarán efecto sobre aquellos en quienes la fuerza ha sido probada en vano. Mientras que la simpatía invita al amor y a la obediencia, provoca aspereza la aversión y la resistencia. Tiene razón el poeta que dice que «la fuerza misma no tiene la mitad del poder de la dulzura».

Cuando a la simpatía le es permitido tomar un campo más vasto, asume la forma más amplia de la filantropía pública. Influye en el hombre con el propósito de elevar a sus semejantes de un estado de pobreza y aflicción, de mejorar la condición de las masas populares, de esparcir los resultados de la civilización por todas partes entre la humanidad, y de unir con los lazos de la paz y de la fraternidad a las familias separadas de la raza humana. Y es deber de todo hombre, cuya fortuna ha sido favorecida

en comparación con la de otros, que goza de las ventajas de la riqueza, del saber, o de la influencia social, de que otros se hallan privados, consagrar por lo menos una parte de su tiempo y de su dinero al adelanto del bienestar general.

No es gran poder de dinero, o gran poder intelectual lo que hace falta. El poder del dinero se estima por demás. Pablo y sus discípulos divulgaron el cristianismo en la mitad del Imperio romano, con poco más del dinero que se obtiene por medio de un bazar elegante. Las grandes doctrinas sociales del cristianismo están fundadas sobre la idea de la fraternidad. «Haced a los demás lo que quisierais que se hiciera con vosotros.» Cada uno debe auxiliar al otro; el fuerte al débil, el rico al pobre, el instruido al ignorante; y, para invertir el orden, aquellos que poseen menos, tampoco deben dejar de ayudar a los que poseen más. Todo depende de más elevados grados de poder, porque los discípulos no hacen a sus maestros, ni los ignorantes desvalidos a aquellos que tienen que instruirles y auxiliarles.

El hombre puede hacer de la vida lo que quiere. Puede darle tanto valor, para sí y para los demás, como poder le ha sido dado. Cuando las circunstancias no están contra él, tiene un dominio absoluto sobre su naturaleza moral y espiritual. Puede hacer mucho para sí mismo, y todo lo que da Dios debe pasar por el hombre y sus propios esfuerzos, como si fuese su propia obra personal. Aunque podamos recurrir a la inteligencia para obtener entretenimiento, solamente en los afectos es en lo que debemos confiar para la dicha. Esto implica un espíritu de sacrificio de sí mismo, y nuestras virtudes, como nuestros hijos, se nos hacen más queridos cuanto más sufrimos por ellos. «El secreto de la influencia de mi madre—dice la señora Fletcher en su *Autobiografía*—, fué bien expresado por su antiguo amigo el doctor Kelvington de Ripon, y puede perfectamente denominarse la nota fundamental de su vida.» Dice el doctor en una de sus cartas a ella dirigida cuando tenía diez y siete años: «Nunca he conocido una persona amada tan tierna, verdadera y universalmente como lo sois vos, y creo que esto nace de vuestro poder para *querer*.»

Los hombres a quienes más se debe compadecer son aquellos que no tienen dominio sobre sí mismos, que no poseen el sentimiento del deber para con los demás, que peregrinan en la existencia en busca de su propio placer, o que, aun mientras ejecutan buenas acciones, lo hacen así por motivos bajos, por consideración a una satisfacción mental, o por miedo a los reproches de la conciencia. Algunos de aquellos que están engraidos con sus sentimientos delicados se aman extremadamente a sí mismos, pero guardan poco miramiento para aquellos que están a

su alrededor. Son muy corteses para con los extraños; pero se guídan a sus casas, y ved cómo se conducen con los de su familia. Muy triste es la historia contada por el difunto deán Ramsay, de un niño a quien se le habló del Cielo, y de que allí se encontraría con los que habían muerto. «¿Y estará papá allí?» preguntó. Al respondersele que «por supuesto, allí había de estar», replicó en el acto el niño: «Entonces no quiero ir allá.»

La falsa simpatía es muy general. Dice Sharpe que una de las más serias objeciones hechas a las obras patéticas de ficción es que tienden a crear el hábito de sentir lástima o indignación sin que realmente alivie miseria alguna o resista a la opresión. Así fué cómo Sterne pudo simpatizar con un mono muerto, y dejar que su mujer pereciese de hambre. Montaigne habla de un hombre igualmente extraordinario «*qui ait des opinions supercelestes, sans avoir des mœurs souterraines*». En los profundos discursos de Butler, están muy bien reveladas y censuradas estas falsificaciones de la verdadera benevolencia.

«Goethe—dice el profesor Bain— evita el contacto con el sufrimiento, porque le daba pena y le sacaba de quicio; probando claramente que tenía la mayor aptitud posible para comprender las miserias de sus semejantes, pero rehusaba en absoluto toda ocasión en que pudiera ser llamado para ese objeto (1).

En las obras de San Agustín, de Baxter, de Jonatán Edwards y de Alejandro Knox, encontrará el lector cuán grande lugar tienen los afectos religiosos en sus apreciaciones de la divina verdad así como en el deber humano. Dice el último de ellos: «Lo que aviva más la compasión es la simpatía; por ninguna otra cosa y por ningún otro medio puede ser más excitada. El corazón debe obrar sobre el corazón; porque es la esencia misma de todo trato con el corazón la idea de una persona que vive.» La verdadera virilidad puede existir únicamente cuando el bien se busca por amor a él, ya sea como una ley reconocida de merecido deber, o por el sentimiento de la avasalladora belleza de la virtud. Tan sólo esto ejerce un efecto recíproco sobre el carácter humano.

Los hombres se regeneran, no tanto por la verdad en lo abstracto, cuanto por la divina inspiración que nace de la bondad y de la simpatía humana. Este es el sello de la Naturaleza que «vincula a todo el mundo». El hombre que se lanza en la existencia de otro, y que empeña sus mayores esfuerzos para ayudarle de todos modos, social, moral y religiosamente, pone en juego una influencia divina. Se halla cubierto con la más fuerte salvaguardia. Reta al egoísmo. Sale de su prueba humilde pero

(1) BAIN, *Sobre el estudio del carácter.*

noble. El canónigo Mozley ha mostrado con mano maestra que el principio de la compasión y de la ayuda mutua, que transforma en el placer lo que es de incalculable ventaja para la sociedad, el alivio del dolor y de la miseria, fué un descubrimiento del cristianismo, un descubrimiento idéntico al de un nuevo principio científico.

Los mejores y más nobles de entre los hombres son simpáticos. El obispo Wilberforce se distinguía por su poder de simpatía. Fué preguntado a un amigo: «¿Cuál es el secreto del éxito de Wilberforce?» «Consiste en su poder de simpatía», contestó. Era magnánimo, generoso y liberal. Marchaba en línea recta, y ponía todo su corazón y su alma en cualquier proyecto que tuviese el bien por objetivo. Tomaba la dirección en toda prueba que le pareciera digna de experimentarse. Y el éxito fué su resultado.

La simpatía es la facultad de sentir por los que padecen, por las dificultades y el desaliento de los demás. Se dijo de Norman Macleod, que la simpatía era la primera y la última cosa en su carácter. ¡Encontraba en la humanidad tanto que le interesaba! El hombre o la mujer más común producía alguna contribución de humanidad. «Cuando venía a verme—decía un herrero—, hablaba como si él mismo hubiese sido un herrero, pero jamás se iba sin dejar a Cristo en mi corazón.» El hombre, sobre todo, es el punto central de la acción humana, de modo que aquello que hubo en él y salió de él, es lo único de importancia. El hombre que durante su vida en la tierra simpatiza y es diligente, está siempre asociado a los otros con sus sentimientos; y, no obstante, andamos solos sobre el más importante camino que conduce fuera de los límites del estado terrenal.

Cuando iba a emprender su trabajo en la baronía de Glasgow, dijo Norman Macleod: «Necesitamos hombres que lo sean en realidad; no sus libros o su dinero solamente, sino a ellos mismos... Los pobres y los necesitados, los desnudos y desheredados, los pródigos y los contritos de corazón, pueden ver y sentir, lo que jamás han visto en este mundo, el amor que brilla con serenidad en esa mirada, dando a conocer la luz interna y la paz poseída, y un lugar de descanso hallado y disfrutado por el abrumado corazón. Podrán comprender y apreciar el completo desinterés—para ellos cosa de que hasta ahora ni aun la han soñado—que les ha impulsado a hacer una visita saliendo de un hogar lleno de comodidad y de elegancia, para una morada desconocida, de inmundicia y de enfermedades, y que se pone de manifiesto en aquellas benévolas palabras, delicados saludos que acompañan a sus ministros.» Estas palabras dan a comprender el plan general de su labor en la baronía de Glasgow.

«Yo creo preciso—dijo él en otra ocasión—una cuidadosa educación de nuestro pueblo que lo ponga en estado de poder cumplir sus deberes individuales, tales como un trabajo asiduo, conservación de la salud, sobriedad, bondad, prudencia, castidad, sus deberes domésticos como padres, sus deberes como miembros de la sociedad en el trato cortés y honrado, el cumplimiento de sus compromisos, la obediencia unida con la independencia como obreros; sus deberes para con el Estado, ya sea con relación a sus gobernantes o a los que administran la ley, con algún conocimiento sobre la historia y el gobierno de su país, que sobre puntos como éstos ha sido muy descuidada su educación, y necesita ser mejorada muy ampliamente y fundada y saturada con los principios del cristianismo.»

Las palabras del doctor Macleod podrían aplicarse asimismo a Londres, la más rica y a la vez la ciudad más pobre del mundo. Pocas personas conocen el Este de Londres, con su desbordante masa de pobreza, de vicio y de miseria. Algunos dan su dinero para educar al pueblo, pero pocos le dan su tiempo y su inteligencia. Era una excepción de esto el finado Eduardo Denison. Se lanzó con alma y corazón al trabajo de reformar a los pobres del Este de Londres. Estableció Cajas de Ahorros entre ellos, sabiendo que el primer paso para corregir a un hombre es el de disputar sus ahorros a las casas de bebidas alcohólicas y hacerle que cuide de su familia como asimismo del porvenir. Estableció escuelas, gabinetes de lectura y una iglesia. Hasta cierto punto elevó a estas personas de la miseria al bienestar. Pero, ¿qué era él entre tantos? «¡Qué monstruosa cosa es—dijo—, que en el país más rico del mundo, sean condenados anualmente al hambre y a la muerte grandes masas de población!... Lo cierto es que hemos aceptado la maravillosa prosperidad que nos ha sido concedida en los últimos veinte años, sin reflexionar en las condiciones unidas a ella, y sin habernos vigorizado para el esfuerzo y el sacrificio que exige su cumplimiento.» Denison no pudo hacer sino el comienzo. Murió antes que pudiera cosechar el fruto. Pero si hubiera alguno dispuesto a seguir sus huellas, existe aún el campo del deber que él indicara.

Oíd el clamor de José de Maistre al fin de su penosa y esforzada existencia. «Ignoro lo que será la vida de un bribón—yo jamás lo he sido—; pero la vida de un hombre honrado es abominable. ¡Cuán pocos son aquellos cuyo paso sobre este loco planeta ha sido marcado por acciones realmente buenas y útiles! Inclínome hasta el suelo ante aquel de quien puede decirse: *Pertransivit benefacendo* (1); que ha conseguido instruir, conso-

(1) Caminó dejando el bien tras de sí.

lar y auxiliar a sus semejantes; que ha hecho verdaderos sacrificios sólo por hacer el bien: esos héroes de la silenciosa caridad que se ocultan y nada esperan en este mundo. Mas, ¿cuál es la carrera de la generalidad de los hombres?; y entre mil, ¿cuántos hay que puedan preguntarse sin terror: ¿qué he hecho en este mundo? ¿en qué he ayudado en la obra general? y ¿qué queda de mí, ya sea bueno o malo?»

He aquí las últimas palabras que pronunció el juez Talfour: «Si se me preguntara cuál es la gran falta de la sociedad inglesa para poder mezclar una clase con otra, yo diría en una palabra: La falta está en la carencia de simpatía.» Este es el mal principal de nuestra época. Existe un vacío que se ensancha cada vez más y que divide las diversas clases de la sociedad. El rico evita al pobre, el pobre huye del rico; unos rehúsan su simpatía y su dirección, los otros rehúsan su obediencia y su respeto.

En lugar del antiguo principio de que el mundo debe ser gobernado por una tutela de bondad y de seriedad, en la que las desigualdades de fortuna son reparadas por la caridad y el afecto espontáneo de aquellos que han nacido en mejores condiciones, existe hoy la regla de que el interés propio sin consideración alguna para los demás, es la estrella polar de nuestra esfera terrestre, y que todo lo que se oponga debe ser pisoteado por nuestras hambrientas herraduras.

La simpatía no existe entre los que emplean y los que son empleados. En las grandes ciudades manufactureras viven separados los patronos y los obreros. No se conocen entre sí. No tienen simpatía los unos por los otros. Si los obreros desean sueldos más altos, resulta una huelga; si los patronos quieren sueldos más bajos, hay una vigilante alarma. Hay cábalas por ambas partes. En seguida se propone una conferencia, en ocasiones con buen resultado y otras con malo. La agitación sigue y se dicen cosas duras. Algunas veces prenden fuego a las casas de los patronos y sus carruajes son quemados; pídense el auxilio de los dragones y la infantería, y sigue una suspensión de hostilidades; pero, ¡cuánto daño se ha causado a la cabeza y al corazón de ambas partes!

¿Y qué diremos del servicio doméstico? La necesidad de la simpatía ha muerto, cuando menos en las grandes ciudades. Continúa un cambio incesante; un lote de sirvientes reemplaza al otro. A pesar de eso, el vivir de las familias no puede ser llevado por los principios de simple tráfico: tanto dinero, tanto servicio. Cuando entran en nuestras casas los sirvientes debieran ser considerados, en cierto modo, como miembros de la familia. Ahora es muy diferente lo que sucede; la sirvienta, a pesar de

que su ayuda es esencial para nuestro bienestar diario, es considerada tan sólo como una persona alquilada, que hace el trabajo que se le designa por tantas monedas corrientes. Vive en la cocina y duerme en la bohardilla. Con el espacio intermedio nada tiene que hacer ella, excepto el trabajo que le está encomendado. No existe simpatía alguna entre el que emplea y el empleado, como si habitaran en países diferentes y hablaran distintos idiomas.

Dice una señora escribiéndonos respecto de Ana Mackay, quien sirvió a Roberto Dick, su amo, sin sueldo ni recompensa, y que no quiso recibir sueldos bajos después de la muerte de él. «Su espíritu independiente es en realidad digno, y, por desgracia, se está haciendo cada día más raro entre nuestras gentes del campo. Es un privilegio poderlo apreciar donde exista todavía porque las cosas ruedan hoy con tan incesante y rápido cambio que todas las ideas están completamente subvertidas. La clase de apego que tenía por su amo, concluyendo con ella y su generación, me temo que llegará a ser un sentimiento desconocido en la que se está formando. A veces me exaspero al oír hablar y al leer las reflexiones que se hacen sobre la carencia de simpatía por parte de los amos para con sus sirvientes como si pudiéramos contener las frecuentes relaciones que los ferrocarriles, los vapores y un poco de estudio han producido en los sentimientos de los sirvientes hacia nosotros. Aspiran a un cambio, y no pueden estar contentos sin él.»

La falta de simpatía mina la sociedad. No nos conocemos unos a otros, o no nos miramos con interés mutuo, como debiéramos hacerlo. El egoísmo está echando profundas raíces. Nos hacemos endurecidos e indiferentes con nuestro anhelo por el placer o por la riqueza. Toda persona está ansiosa para adelantarse a su raza, sin tener en consideración los sentimientos de los demás. No pensamos en ayudar para que sigan adelante, a aquellos que tienen cargas más pesadas que nosotros mismos. Las últimas palabras del juez Talfourd indicaban el mal de una condición semejante. Hace que el hombre mire indiferente el fraude y el crimen. No reconociendo la fraternidad de la raza, solamente buscan egoístas y sutilmente su propio interés pasando sobre el cuerpo y el alma y sobre las vidas y propiedades de los demás.

Al hombre ocioso y egoísta poco le importa el resto del mundo. Nada hace para auxiliar al desvalido o al desamparado. «¿Qué me importan?—dice—; que se preocupen de sí mismos. ¿Por qué les he de ayudar? ¡Ellos nada han hecho por mí! ¿Que sufren? Siempre habrá sufrimientos en el mundo. Lo que no puede ser curado tiene que ser sufrido. ¡Lo mismo sucederá dentro de cien años!»

«¿Qué me importa?» Dificilmente puede ser despertado por una voz de los muertos. Se halla tan ocupado con sus placeres, sus negocios o su ociosidad, que no quiere prestar atención a las urgentes demandas de otros. Le aburren las discusiones sobre la pobreza, la ignorancia o el sufrimiento. «Que trabajen—dice—; ¿por qué los he de mantener? Que se ayuden como puedan.» El perezoso es un animal enérgico comparado con él. «¿Qué me importa?»

Mas a «¿qué me importa?» no se le deja ir tan fácilmente como se imagina. El hombre que mira con indiferencia a los demás, que no simpatiza y auxilia a los otros, es perseguido muy frecuentemente con una justa retribución. No le importa el impuro aire pestilencial respirado por los moradores de casas que están contiguas a la suya; pero la fiebre que ha sido engendrada allí va flotando a su casa y le arranca a aquellos que le son más queridos. No le importan la criminalidad, la ignorancia y la pobreza acumuladas allí; pero el ladrón y el bandido le encuentran en su retiro. No le importa el pauperismo; pero tiene que pagar semestralmente la contribución pesada para el sostén de asilos de desvalidos. No le importa la política; pero existe una contribución directa, que es una contribución de guerra; y, a pesar de todo, se dice: «¿Qué me importa que ésta no sea una política barata, después de todo?»

«¿Qué me importa?» fué el hombre culpable de la conocida catástrofe: «Por falta de un clavo se perdió la herradura, por falta de la herradura se perdió el caballo, y por falta del caballo se perdió el hombre.» Gallio era un «¿qué me importa?», de quien se nos cuenta que «no le importaba ninguna de estas cosas». Los «¿qué me importa?» como Gallio tienen generalmente un mal fin.

Los economistas políticos dicen que las relaciones entre el patrón y el empleado son sencillamente un pacto de dinero: tanto servicio, tanto sueldo. En los cálculos de los economistas es este indudablemente el contrato que ellos tienen que reconocer. Mas el moralista, el filósofo, el estadista, el hombre, debiera reconocer en las posiciones de patrón y sirviente un lazo social que impone a las partes ciertos deberes y facciones nacidas de sus simpatías comunes como seres humanos, y de las posiciones que ocupan respectivamente. Debiera haber afecto por ambas partes, con el respeto debido a seres mortales. Sin esta clase de respeto, que sólo puede existir donde ha penetrado la idea de la verdadera dignidad como alma viviente, no solamente en las convicciones sino en los sentimientos, es inútil la esperanza de un mejoramiento de la condición social.

«¡Sí!—dijo Sidney Smith—, ¡él pertenece a la escuela utili-

taria! Es un hombre tan duro que le podría pasar encima un carro con anchas ruedas, sin que le causara impresión alguna. Si le hicierais agujeros con un barreno, estoy convencido de que él saldría serrín. Esa escuela trata a los hombres como si no fuesen más que simples máquinas; los sentimientos o el corazón jamás entran en sus deliberaciones.»

¿A dónde han ido a parar nuestra honradez, lealtad y desinterés? La fidelidad parece ser una cosa perdida. Ahora todo es asunto de dinero. El respeto mutuo se ha ido. «Aquel que no respeta, no es respetado», dice Herbert. Tenemos que retroceder a los tiempos pasados para hallar nuestras máximas directrices. El obrero no respeta al patrón y el patrón no respeta al que le sirve. Durante muchos años ha recibido en este país el obrero sueldos mayores que los que se daban generalmente en el resto de Europa. Ese tiempo ha pasado. Los ferrocarriles y los buques de vapor tienden a igualar los sueldos de todos los países. Ha llegado la época en que todas las clases tendrán que empezar un sistema nuevo de vida.

No es tanta cultura literaria lo que hace falta, sino hábitos de reflexión, cuidado y economía. La riqueza no puede comprarse los placeres elevados. Es el corazón, el gusto y el criterio lo que regula la felicidad de un hombre y le lleva a la más elevada forma de ser. Dice Burns:

It's no in titles nor in rank
It's no in wealth like Lon'on Bank,
To purchase peace and rest;
It's no in macking muckle mair;
It's no in books; it's no in lear,
To make us truly blest:
If Happiness haenot her seat
And centre in the brests,
We may be wise, or rich, or great,
But never can be blest (1).

Y un gran pensador ha dicho que hay tantas desventajas más allá de las riquezas como las que existen del lado de acá. El hombre rico ha perdido el espíritu de hacer frente a las dificultades en sus esfuerzos para obtener la fortuna que ha realizado. Pero, ¿qué deberá hacer con lo que ha ganado? Si no tiene otro recurso más que los medios de acumular el dinero, sólo es un desgraciado. Le pasará lo que al rico vendedor de velas de sebo, cuyo único placer consistía en ir a su viejo almacén «en los días en que derretían grasa y hacer velas». No ha sido educado

(1) «No les es dado ni a los títulos ni al rango, ni a la fortuna, aunque fuera la del Banco de Londres, poder comprar la paz y el reposo; no es atesorando, ni los libros, ni con la erudición, con lo que podremos hacernos realmente dichosos; pero si la felicidad no tiene su asiento y su centro en el corazón, podremos ser sabios, o ricos o grandes; pero dichosos jamás.»

de manera que pueda encontrar placer en los libros, para poder ver con interés los progresos de la ciencia, para poder penetrar en las muchas sendas que conducen al alivio de los afligidos. Y, no obstante, tiene en su mano una vara de mágico poder, tiene dinero para socorrer a la miseria y para proveer a las necesidades de los que se mueren de hambre. Puede acallar el clamor del hambre. Puede alegrar el corazón de la viuda y del huérfano. Pero, ¡no! prefiere el dinero que ha adquirido al socorro de los desvalidos y de los miserables.

Cuanto menos pretendamos, cuanto más ajustadamente vivamos, tanto más felices seremos; porque una vida sin egoísmo destruye los vicios, apaga los deseos, fortalece el alma y eleva el espíritu hacia cosas más altas. «Cuanto menos cosas necesite un hombre—dijo Sócrates—, tanto más próximo está de Dios.» Cuando se hallaba en su lecho de muerte Urbino, el sirviente de Miguel Angel, le velaba día y noche el anciano escultor, a pesar de sus propias dolencias, y escribió lo que sigue a su amigo Vasari: «Amigo mío, tengo que escribiros enfermo, pero debo contestar a vuestra carta. Sabréis que Urbino ha muerto. Este ha sido para mí a la vez un favor que me ha concedido Dios y una causa de amarga pena; un favor, porque aquel que en vida me cuidaba, me ha enseñado a morir, no solamente a morir sin pesar, sino hasta desear la muerte. Vivió conmigo por espacio de veintiséis años, siempre fué bueno, inteligente y fiel. Yo le había enriquecido, y en el momento en que creía tener en él un apoyo para mi avanzada edad se me va, dejándome tan sólo la esperanza de volverlo a ver en el Cielo.»

Dionisio, el cartujano, habló de la manera siguiente a las personas casadas: «Obrad y hablad a vuestros sirvientes como quisierais que otros lo hiciesen con vosotros si fueseis sirvientes. El amo y la señora deben mostrarse para con sus sirvientes amantes, pacientes, humildes y apacibles, siendo al mismo tiempo justos. Nunca deben hablarles con orgullo o altanería; pero si se comete alguna falta en la familia deberán soportarla pía y pacientemente, o con caridad para corregirla, teniendo en cuenta cuántas faltas son cometidas por los sirvientes, y que, sin embargo, Dios tiene piedad de ellos.»

No somos únicamente nosotros para quienes trabajamos y luchamos. También lo hacemos para los demás como para nosotros. Existen leyes morales, lazos de familia, afectos domésticos, gobierno y dirección del hogar, que se hallan sobre un nivel más elevado y están basados sobre consideraciones más nobles que los placeres egoístas o el pago en dinero. Debemos preocuparnos de cómo dejamos que se fijen en nosotros nuestras miras. «Ninguno—dice Epicteto— que sea amante de las riquezas o amante

del placer o de la gloria, puede ser al mismo tiempo amante de los hombres.» «Ser amante de los hombres—dijo San Antonio—es vivir verdaderamente.» Por eso el amor es el principio universal de lo bueno. Está glorificado en la inteligencia humana. Es el único remedio para las penas de la raza humana. Es dulce en la acción, en el saber, en la filosofía, en los modales, en la legislación, en el gobierno.

El amor a la bondad o excelencia es inseparable del espíritu de intransigente execración de todo lo que es bajo y criminal. Describe Foissart a Gastón de Foix como «que era en todo tan perfecto, que no puede ser suficientemente alabado; amaba aquello que debía ser amado y aborrecía aquello que debía ser aborrecido». San Agustín dice casi lo mismo: «La virtud no es más que el amor bien aplicado, que nos induce a amar lo que debe ser amado y a odiar aquello que es digno de ser odiado.»

«¿Qué es la templanza—ha dicho otro teólogo—, sino el amor que ningún placer seduce? ¿Qué es la prudencia, sino el amor que a ningún error induce? ¿Qué es la fortaleza, sino el amor que sufre valerosamente las cosas adversas? ¿Qué es la justicia, sino el amor que suaviza por cierto encanto las asperezas de la vida?» Los estoicos reconocían este maravilloso poder. «Antes del nacimiento del amor—dijo Sócrates—, tuvieron lugar muchas cosas terribles a causa del imperio de la necesidad; pero cuando nació este dios, nacieron todas las cosas para los hombres.»

La reflexión, la benevolencia y la consideración por los demás, siempre tendrán su recompensa. Producirán siempre una agradecida reciprocidad por parte de los favorecidos, y los servicios se harán con una buena disposición y una alegría que nunca se podrán obtener por el mero dinero. La simpatía es el verdadero calor y la luz del hogar, que une a las señoras y a las sirvientas, lo mismo que al esposo y a la mujer, al padre, a la madre y a los hijos; y no puede ser en realidad feliz el hogar donde ella no esté, enlazando a todos los de la casa con vínculos de afecto y concordia domésticos.

El finado sir Arturo Helps dice en uno de sus sabios ensayos: «Observáis a un hombre que se hace cada día más rico, o que adelanta en posición, o que aumenta su reputación profesional, y le tenéis por un hombre que ha alcanzado éxito en la vida. Pero si su hogar es de aquellos que están mal ordenados, en el que ningún lazo de afecto une a la familia y cuyos anteriores sirvientes (pues habrá tenido más de los que puede recordar), no han su amistad con él como una de las que no han sido favorecidas ni por palabras ni por acciones benévolas, sostengo entonces que ese hombre no ha tenido éxito. Cualquiera que sea

la buena fortuna, que tenga en el mundo, es necesario recordar que siempre ha dejado tras de sí una importante fortaleza que no ha tomado. La vida de ese hombre (o de esa mujer) seguramente que no enseña el bien cuando la benevolencia no ha encontrado un hogar común. Podrá haber esparcido rayos de luz en varias direcciones, pero ha debido haber un foco activo de amor, ese hogar que se forma en torno del corazón de un hombre bueno.»

Hallamos en la encantadora pintura de la paz doméstica que nos da un autor anónimo del siglo XIV, que los jóvenes de las más nobles casas acostumbraban servir a la mesa cuando sus padres obsequiaban a sus amigos.

Al alabar Cardán a los nobles patricios de Venecia, observaba muy particularmente sus maneras amables y liberales para con sus sirvientes. Recomienda la mayor amabilidad y humanidad hacia ellos. Dijose del noble guerrero Veccio: «Gobierna a todos los que le están sometidos, menos por la autoridad que por la razón. Cualquiera diría que es más bien el administrador que el dueño de su casa.»

Casi no hace falta hablar de la simpatía del hogar. «La primera sociedad está en el matrimonio—dice Cicerón—, después en una familia y en seguida en un Estado.» El padre, al gobernar su familia, es un monarca. Mas su poder debe ser de simpatía para aquellos que gobierna. Todo progreso principia en el hogar; y de esa fuente, ya sea pura o infecta, surgen los principios y máximas que gobiernan a la sociedad. La fuerza motriz en los padres es la simpatía y el amor. «La cualidad más noble y más hermosa—observa Juan Pablo Richter—con que la Naturaleza pudo proveer y ha provisto a la mujer en beneficio de la posteridad, fué la más ardiente, el amor; sin embargo, sin retribución y para un objeto diferente de ella misma. El niño recibe amor, besos y noches de desvelos, pero al principio sólo corresponde con repulsas; y la criatura débil que más necesita, es la que menos retribuye. Pero la madre da su amor incesantemente; más todavía, hasta se hace mayor con la necesidad y la ingratitud del que la recibe y siente el más grande por el más débil, así como el padre, el mayor, por el niño más fuerte.»

Sobre el padre recae el gobierno de la casa, sobre la madre su manejo. ¿Ha aprendido el padre a gobernar la casa con la bondad y el dominio de sí mismo? ¿Ha aprendido la mujer alguno de aquellos modos necesarios para hacer *confortable* el hogar? De no ser así se convierte el matrimonio en una espantosa lucha de palabras y acciones. «En verdad—dice sir Arturo Helps—, casi creo que el jefe de una familia causa mayor mal si carece de simpatía que aun cuando fuera injusto.» Fué un

bello sentimiento el que puso de manifiesto aquella mujer quien su esposo quería repudiar. «Devolvedme entonces—dice ella—aquello que os traje.» «Sí—respondió él—, vuestra fortuna os será devuelta.» «No me he referido a la fortuna; devolvedme mi verdadera riqueza, devolvedme mi belleza y mi juventud, devolvedme la virginidad del alma, devolvedme mi ánimo jovial y el corazón que jamás había sufrido desengaños.»

Para que un hombre sea feliz, tiene que tener en su esposa una compañera de su alma, así como una compañera de labor. Ambos tienen que ser leales, castos y llenos de mutua simpatía. Tienen que ser amorosos para con sus hijos. Hay muchos sinsabores en la vida de familia, mas pueden ser vencidos por el dominio de sí mismos y por la abnegación. «La paciencia—dice Tertuliano—adorna a la mujer y prueba al hombre. Es amada en un niño y es alabada en un joven. En toda edad es bella.» Instruyendo don Antonio de Guevara a un caballero de Valencia sobre los deberes de un marido, le dice que, si quiere contestar a cualquier palabra de un hombre enojado, no le bastarán ni las fuerzas de Sansón, ni la sabiduría de Salomón. Por esto, paciencia e indulgencia. Una onza de buen humor vale más que una tonelada de melancolía.

La vida de una mujer no puede ser vista nunca en su forma externa, mucho menos en la interna. Pero la mejor preparación para ambas es la cuidadosa preparación femenina, su herencia natural. La palabra es indefinible. Se la ve en la debilidad, la necesidad de apoyarse, de confiar, de fiarse, de reverenciar y de servir; como igualmente se la ve en la fuerza que la pone en estado de poder sufrir, de proteger, de defender y de soportar. La hallamos en la plasticidad que da tal poder maravilloso de adaptación, como asimismo en la firmeza que sólo cede ante el deber; en la gentileza que atrae y en la consagración de sí misma que sojuzga. La verdadera esposa toma interés simpático en las ocupaciones de su marido. Ella le alegra, le anima, le ayuda. Goza en sus éxitos y en sus placeres, y hace que sus vejaciones o enfados sean los menos posibles. Cuando Faraday tenía setenta y dos años, y después de un largo y venturoso matrimonio escribió a su mujer: «Estoy ansioso de verte, amada mía, y que hablemos juntos sobre asuntos, y recordar todas las bondades que he sido objeto. Llena está mi cabeza y mi corazón también, pero mi memoria decae rápidamente, hasta en lo tocante a los amigos que están conmigo en la habitación. Tendrás que volver a tomar tu antigua ocupación de ser una almohada para mi espíritu y descanso, una mujer que hace feliz.»

Ningún hombre tenía más simpatía que Carlos Lamb. Habrá pocas personas que no conozcan el suceso más horroroso de

su vida. Cuando su hermana María tenía veintiún años, clavó un cuchillo en el corazón de su madre, por efecto de un acceso de locura. Desde ese instante resolvió su hermano sacrificar su vida por su «infeliz, querida, queridísima hermana», y espontáneamente se hizo su compañero. Abandonó todo pensamiento de amor y de matrimonio. Bajo la fuerte influencia del deber, renunció al único afecto que había tenido. Con una entrada anual apenas de cien libras esterlinas, emprendió la jornada de la vida, fortalecido por el afecto hacia su hermana. Ni el placer ni el trabajo lo desviaron jamás de su propósito.

Cuando ella salía del asilo, dedicaba parte de su tiempo en la composición de los *Tales from Shakespearé* y otras obras. Hazlitt habla de ella como de una de las mujeres más sensatas que jamás haya conocido, aunque durante su vida sufriera repetidos accesos de locura, y que, aun cuando se hallaba bien, estaba constantemente en el límite de la demencia. Cuando sentía próximo un acceso de locura, la tomaba Carlos del brazo y la llevaba al asilo de Hoxton. Era conmovedor ver pasear juntos al hermano menor conduciendo a la hermana mayor, llorando ambos por el camino, para ellos tan doloroso. Llevaba él en la mano la camisa de fuerza y la entregaba al cuidado de las autoridades del asilo. Cuando volvía a recobrar la razón, volvía ella al hogar del hermano, quien la recibía lleno de contento, tratándola con la más exquisita ternura. «Dios la ama—decía él—, ¡ojalá que nosotros nunca nos amemos menos.» Duró cuarenta años su afecto, sin una nube, excepto aquellas que eran producidas con motivo de las fluctuaciones de la salud de su hermana. Lamb cumplió su deber noble y virilmente y cosechó una recompensa apropiada.

La simpatía por otros se exhibe con frecuencia en el deseo de salvar las vidas de los que están en peligro. Hemos referido ya muchos casos de esta clase, pero falta aún que mencionar otro. Cierta día se paseaba sola lady Watson a orillas del mar recogiendo conchas para su museo. Al levantar la vista vió un hombre solitario sobre un arrecife rodeado de agua. No sabía ella quién era él; pero se hallaba en peligro de perder la vida y se resolvió a salvarle. La marea crecía rápidamente y las olas se lanzaban con furia contra la costa; parecía casi imposible poder salvar de su posición peligrosa al hombre desamparado. No obstante esto, llamó a los barqueros, y ofreció una crecida recompensa a los que quisieran hacerse a la mar y salvaran al hombre. Al principio vacilaron, pero finalmente salió un bote y llegó a la roca cuando ya el hombre tenía agotadas sus fuerzas. Consiguieron ponerlo a bordo y lo llevaron salvo a tierra.

¡ Cuál no sería la sorpresa de la señora al reconocer en el individuo salvado a su mismo esposo, sir Guillermo Watson !

Hasta una buena palabra dicha a tiempo es recordada. El célebre doctor Sydenham dijo que cualquiera, más tarde o más temprano, sería mejor o peor por haber hablado a un hombre bueno o a uno malo.

El cura de Olmey, el amigo de Cowper, era una de aquellas personas a quienes pocos individuos podían hablar sin sentirse más buenos.

Decía él de sí mismo : « No podía vivir más tiempo del que pudiera amar. »

« El recuerdo de una mujer me apartó de muchas tentaciones—escribió uno que había hecho una vida selvática en un país salvaje—. Ninguno de los de mi familia la conoció nunca ; había muerto antes que yo saliese de mi país. Pero había algunas cosas que de otra manera hubieran sido demasiado para mí, de las que me hallaba perfectamente libre, nada más que porque la amaba. Sentía como que nunca y de ninguna manera había perdido su amor, y no podía ir con él en mi corazón a sitios donde yo jamás la hubiese podido llevar conmigo. Cuando me sentía algo solo porque no podía juntarme con aquellos que habían sido mis compañeros, envolvía a mi corazón con el pensamiento de que era en obsequio de ella » (1).

He aquí una historia que pone de manifiesto la más completa falta de simpatía. Fué referida en un sermón por Roberto Collyer, pastor de la Iglesia Unida de Chicago, actualmente de Nueva York. Collyer nació en Keighley, en Yorkshire, pero pasó la mayor parte de su vida en Ilkley, que es ahora uno de los sitios balnearios que están más en moda. Estuvo de aprendiz con Jackie Birch, herrero. Se casó siendo todavía oficial herrero. Se hizo predicador secular de los metodistas. Luego pasó a América y allí continuó siendo predicador. Sus sermones están llenos de vida, de poesía y de elocuencia, fundados sobre un profundo conocimiento del carácter humano.

« Recuerdo—dice—que en una de nuestras fiestas de amor en la Iglesia metodista de Inglaterra, hará unos treinta años o más, se levantó un hombre y nos contó cómo había muerto su mujer de la fiebre, y, en seguida, uno tras otro, todos sus hijos, y que había estado tan tranquilo y sereno al ocurrirle esto, como si nada hubiera sucedido ; no sufriendo en lo más mínimo, ni sintiendo ningún dolor absolutamente ; resguardado y amparado—así lo creía él—por la gracia divina, y hasta ese momento en que nos hablaba, no tenía la menor pena en su corazón.

» Cuando hubo terminado, poniéndose de pie el sabio y virtuoso

(1) Miss J. F. Mayo.

predicador anciano que presidía la reunión, dijo : « Bien, hermano, idos a vuestra casa, entrad en vuestro dormitorio, arrodillaos, y no os volváis a levantar, si lo podéis evitar, hasta que no seáis otro hombre. Lo que nos habéis referido no es un signo de gracia ; es una prueba del corazón más empedernido que nunca haya visto en un cristiano. En vez de ser un santo, difícilmente sois bastante bueno para ser un pecador decente. La religión no arranca nunca la humanidad de un hombre, lo hace más humano ; y si algo tuvierais de humano, esas calamidades que habéis sufrido hubieran debido destrozar vuestro corazón. Yo sé que eso habría pasado con el mío, y no pretendo tener algo más de santo que cualquier otro individuo ; por eso os aconsejo que nunca volváis a contar esa historia en una fiesta de amor. »

Tomemos otra historia conmovedora de los *Sermones* de Collyer, que demuestra el poder de la simpatía en otra dirección, y más verdadera. « Allá lejos, creo que en Edimburgo, estaban parados dos caballeros en la puerta de un hotel en un día muy frío, cuando un niño, con la cara delgada y azul, los pies descalzos y morados con el frío, y sin tener para cubrirse sino un montón de andrajos, se les acercó y dijo : « Señores, hacedme el favor de comprarme unos fósforos. » « No, no necesito », dijo uno de los caballeros. « No cuesta más que un penique la caja » insistió el muchacho. « Bien, pero ya ves que no necesito una caja. » « Entonces os voy a dar dos cajas por un penique », dijo finalmente el chiquillo. « Y para librarme de él—dice el señor que refiere la historia en un periódico inglés—, compré una caja ; mas vi entonces que no tenía cambio, y así es que le dije : « Compraré una caja mañana. » « ¡ Oh ! comprádmela ahora—suplicó el muchacho— ; voy corriendo por el cambio, porque tengo mucha hambre. » Dile, pues, el chelín, y él se alejó. Le aguardé, pero no vino el muchacho. Pensé entonces que había perdido mi chelín ; sin embargo, había en la fisonomía del chico algo que me hacía confiar en él y no quería pensar nada malo en contra suya.

» Bien avanzada ya la noche, se presentó uno de los sirvientes y dijo que había un muchachito que quería verme. Cuando este fué introducido, vi que era un hermanito menor del muchacho que había recibido mi chelín, pero era, si cabe en lo posible, más andrajoso, pobre y flaco. Estuvo por un momento metiendo sus manos en sus andrajos como si buscara algo, y luego dijo : « ¿ Sois vos el caballero que compró los fósforos a Sandie ? » « Sí. » « Bien, aquí tenéis cuatro peniques de vuestro chelín. Sandie no puede venir. No está bien. Un carro le arrojó al suelo, le ha pasado por encima y ha perdido su gorro, sus fósforos y nuestros once peniques ; y sus dos piernas están quebradas, y